

LA HOJA PARROQUIAL

SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

EPIFANIA

Vieron al niño con
María su Madre.

(S. Mateo II, ss.)

Entra en Belén rica
caravana. «Eran unos
Magos del oriente» di-
ce San Mateo. Un as-
tro, haciéndoles de
gula, iba delante de
ellos indicándoles la
ruta, hasta que se de-
tuvo sobre el lugar
donde estaba el niño.
Y allí vieron a Jesús
y María.

¡Asombroso espec-
táculo! A los pies de
una doncella que estre-
chaba a su hijito entre
los brazos, los tres sa-
bios, pecho por tierra,
adoraron al Dios es-
condido en aquella po-
bre mansión. Los camellos doblaron sus
rodillas y los criados los descargaron. Y los
Magos, abriendo sus tesoros, ofrecieron, co-
mo presente a Jesús, oro, incienso y mirra.
Tal es la escena que describe el Evangelio.
Muchas leyendas agregaron después varios
pormenores: revistieron a estos sabios de
púrpura real, coronaron sus frentes, retrata-



ron su semblante y su
aspecto exterior, y has-
ta averiguaron sus
nombres.

Nosotros fijémonos
en este interesantísimo
detalle: Vieron al niño
con María su Madre.
¡Lo hallaron por fin!
¿A quién? Al soberano
de los cielos y de la
tierra, al Salvador del
mundo, al Dios verda-
dero, Luz de luz, luz
llena, total, indefecti-
ble, ante la cual pal-
dece el fulgor de las
estrellas, en frase del
inmortal Lope de Vega
quien así se expresa
acomodándose en su
decir al concepto vul-
gar del Universo:

Reyes que venís por ellas
no busquéis estrellas ya,
porque donde el Sol está
no tienen luz las estrellas.

¡Dichosos los que caminan a su claridad!
¡Dichosos los que creen en el Dios de Belén!
Para ellos, la absoluta certidumbre, la com-
pleta posesión, la eterna seguridad de la ver-
dad, de la vida, de la salvación.



—Desearía, señor cura, que me diese lecciones de religión, pero muy sencillas ¿eh? y muy claras, de modo que «lo entienda eso bien».

—Pero, hombre, Andresillo, a estas alturas, y sin saber qué es religión.

—Lo sé, lo sé, pero... vaya usted delante desbrozando el camino.

—Vamos, sí, lo sabes, como decía saber la Letanía el gitano del cuento, repitiendo el «ora pro nobis». Pues, bueno. Atiende.

Para saber qué es una cosa es menester mirarla por sus cuatro costados, desarmarla y aun partirla y romperla, si fuera necesario, para ver lo que tiene en su interior.

—Es decir, una cosa así como lo que hacen los niños con los juguetes que por este tiempo suelen traerles los Reyes Magos.

—Exacto. Y solamente, después de haber examinado cada uno de los componentes o elementos de una cosa, y la relación de ellos, podemos saber qué cosa sea.

Para saber qué es la religión examinaremos uno por uno sus componentes o constitutivos y sus relaciones; luego sabremos en seguida qué es y en qué consiste.

Un elemento doctrinal hay en la religión, y es el primero y fundamental. Aun en las mismas religiones falsas no falta ni puede faltar ese elemento. En la nuestra, que es la católica y única verdadera, como lo demostraremos muy pronto y muy clarito, ese elemento doctrinal está constituido por el Credo y los Artículos de la Fe.

Las otras religiones guardan en su doctrina un montón de cosas disparatadas y ridículas, mezcladas con sólo un par de verdades fundamentales, casi siempre incompletas. Estas verdades son las primeras que están en nuestros artículos, y se reducen a que:

existe Dios que es dueño supremo de todas las cosas y también de nosotros que de El venimos y a El vamos: que nos premia, si hacemos su voluntad, y nos castiga si le desobedecemos: que...

—Espere, explíqueme esas verdades por puntos, como si dijéramos contando por los dedos, uno, dos, tres...

—Bueno. Allá va.

1.º Existe Dios y existe el hombre; luego existe la religión.

2.º La religión verdadera debe ser una sola. Tú recordarás las matemáticas y no habrás echado en olvido que entre dos puntos...

—Sólo puede trazarse una recta.

—Así es; pues aplica esa reglita y verás que entre el hombre y Dios sólo pueden haber unas relaciones, una religión que tenga rectitud, que sea verdadera.

3.º La que lo sea debe distinguirse por señales claras, evidentes.

4.º Señales que sólo encontraremos en nuestra religión, en la que nosotros profesamos.

—Vaya, veo que te duermes. «Quédese para mañana».

—Hasta otro día, señor cura.

Don Lope de Sosa.

In memoriam

Me abrasó el celo de tu casa
 Y cayó sobre mí la venganza de tus enemigos.
 Ps. 68

Los tristísimos sucesos revolucionarios que entre nosotros se han realizado fueron de tanta gravedad, tan imponentes y aterradores, que con caracteres imborrables quedaron grabados en el ánimo de cuantos los presenciaron.

Hechos terribles, cuya transcendencia y consecuencias exceden todo cálculo humano; hechos que, consumados en la época misma de la civilización, del progreso y de las luces, nos hacen conceptuar que, o éstas son incompatibles con la razón y la justicia y el derecho, o que son una quimera.

Se ha conculcado todo. La propiedad fue atropellada, la industria y comercio arruinados, la santidad y la virtud escarnecidas.

Se ha conculcado todo. La cultura... los consagrados centros de enseñanza... la Uni-

versidad, que era admiración y causaba la envidia de los sabios, es hoy como una luz apagada que a nadie ilumina, o como una joya caída en las olas del abismo.

Se ha conculcado todo. Las adoradas reliquias de nuestra fe, el tesoro artístico de gran parte de nuestros templos ha sido barrido por el vendaval de la revolución. Nunca más propiamente se puede decir haberse sufrido pérdidas irreparables.

¡Cuánta profanación, cuánto sacrilegio, cuántos crímenes cometidos! De un modo especial y satánico, los ministros de Dios, luz, del mundo y sol de la tierra, que en elevados puestos unos, al frente de sus feligreses otros en Valdecuna, la Rebollada, Olloniego, Sama... quienes subiendo con paso firme y seguro las gradas del sacerdocio en nuestro Seminario cayeron asesinados, víctimas de una agresión la más inicua, la más impía, la más cobarde y vergonzosa!!!

Nuestra execración a las ideas malsanas, a las predicaciones disolventes que tan horrendos delitos inspiraron y tantos brazos movieron para producirlos.

Nuestro respeto y admiración a los ungi-dos del Señor, a los nuevos mártires del cristianismo, cuyo sacrificio tanto recuerda los ultrajes del Pretorio y la tragedia sangrienta del Calvario. ¡Oh! qué muerte preciosa a los ojos del Señor!

¡Cómo sonreirían los ángeles al ver tan santo y hermosísimo fin! Fin que comienza con frases de resignación y de perdón y que termina con aquella corona de los predestinados, con que el buen Dios ceñiría sus frentes al oírles repetir en su tribunal divino las palabras del profeta Rey: *Me abrasó el cielo de tu casa y sobre mí cayó la venganza de tus enemigos.*

Dios que así habrá premiado las almas de nuestros mártires, haga comprender a sus verdugos la enormidad de su pecado y mueva su corazón al arrepentimiento.

Venerables y ejemplares hermanos en el sacerdocio: dormid en paz. Esta diócesis llevará siempre y, si algún lenitivo templa su dolor, es el de pensar que desde la bienaventuranza inmortal haréis descender sobre los que os sobrevivimos en el ministerio vuestro doble espíritu de abnegación y ardor apostólico.

J. León.

Enero

Cierzo y granizo azotan
techo y ventanas,
el ganado aterido
busca la cuadra,
dicen las aves:
«aquí nos refugiamos
aunque nos maten».

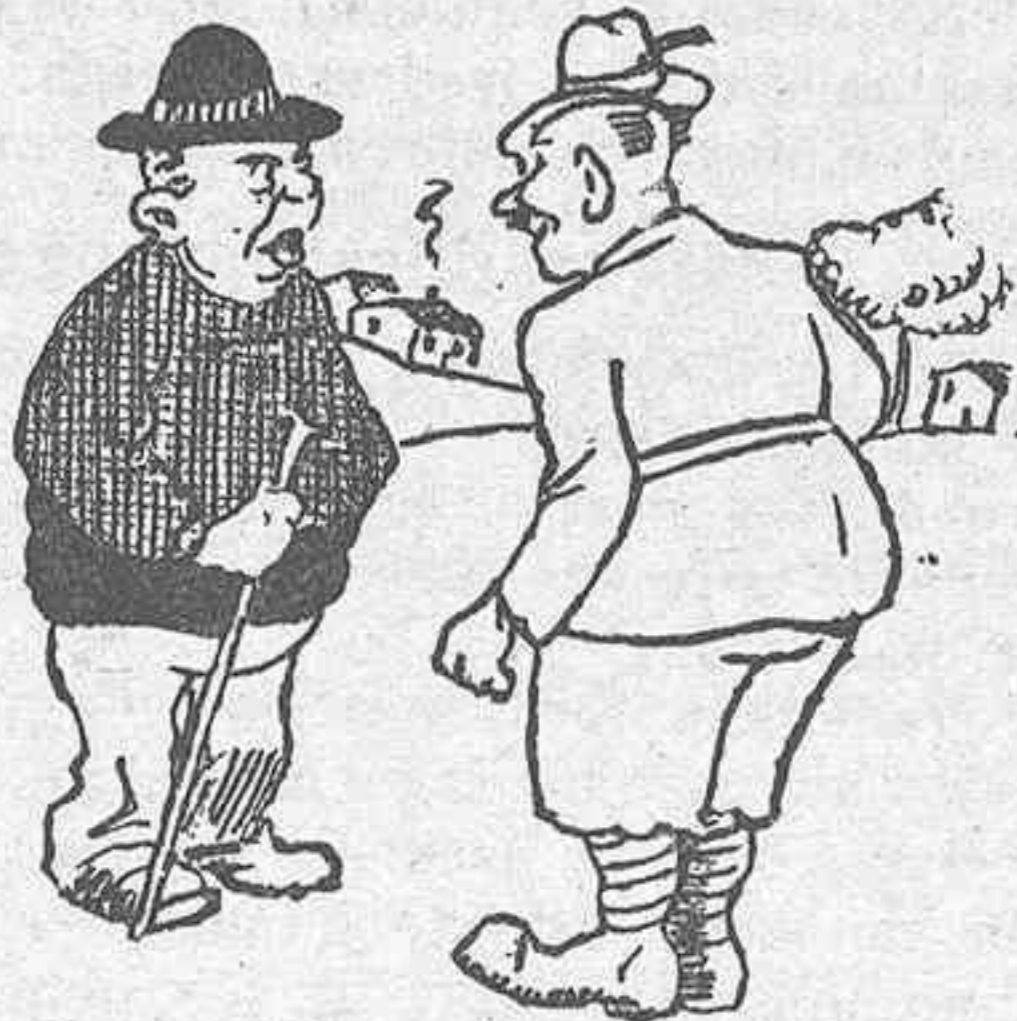
Braman mares y ríos
desesperados,
naturaleza es toda
luto y espanto,
cual si la excelsa
voz de Dios le gritase:
¡maldita seas!»

Si el sol rompe las nubes
sin calor brilla,
si las lluvias descenden
esterilizan,
los arroyuelos
no murmuran, que gimen
presa del hielo.

—Que se apaga la lumbre,
leña, muchachos!
—Otro cuento, abuelito,
tras otro trago!
—Pues es mi cuento.....
que quelen suda en verano
come en invierno.

Trueba

oo
¡ANDA, CON EL PAISANIN!



—Osté, compare, ¿ha visto a Dió?
—No seño.
—Entonces, no hay Dió.
—Comparito, ¿osté se ha visto el cogote?
—No seño.
—Entonce, no tiene osté cogote.

-■- ■-■- ■-■- **V A R I E D A D E S** ■-■- ■-■- ■-■-

Para las madres.

¡Lo que influyen las madres en el porvenir espiritual de sus hijos!

Pensará algún superficial que en alimentarlos vestirlos y azotarlos cuando lloran o se vuelven caprichosos, está toda la misión de las madres sobre sus hijos.

Basta abrir la historia y pronto se ve el papel de las madres influyendo en el porvenir de sus hijos.

Lincoln, presidente famoso de los Estados Unidos, dijo: *Todo lo que soy lo debo a mi angélica madre.*

Edison, famoso inventor, ha dicho: *Mi madre ha hecho de mí lo que yo soy.*

Así han hablado de sus madres los sabios; oigamos a los santos.

Un día que el *Santo Cura de Ars* recordaba los días de su niñez decía: «Soy feliz, por haber sentido tan temprano el gusto por la piedad. Después de Dios, se lo debo a mi santa madre.

Mi pequeño Juan María —me decía ella— si te viera ofender a Dios me causarías inmensa pena.

Y con tal de no causársela, hacía yo lo posible por no ofender a Dios.

Así hablaron también de sus madres San Agustín, San Luis, Rey de Francia y otros.

¡Madres!, si un día vuestros hijos llegan a ser sabios o santos, se pueda contar de ellos que, hablando de sus madres, dijeron: «Lo que somos a nuestras madres lo debemos».

Para santificar los hogares.

Los padres, las madres y demás miembros de la familia, cuidarán:

Que nadie se acueste ni se levante sin rezar.

Que nadie falte a la misa los domingos y fiestas de guardar.

Que no se lean libros ni periódicos malos.

Que los niños se bauticen cuanto antes.

Que nadie deje de hacer su primera Comunión, tan luego como tenga uso de razón.

Que no tengan delante de los pequeños conversaciones imprudentes.

Que no falten los niños a la enseñanza de la doctrina cristiana.

Que no tengan maestros, ni institutrices ni sirvientes peligrosos por sus doctrinas o su conducta.

No tengo tiempo para ocuparme de religión.

Malo para usted, señor, señal que es usted muy esclavo. ¿No tiene usted tiempo? ¡Vamos! ¿será cierto? ¿No tendrá tiempo para elevar de vez en cuando su espíritu y su corazón hacia Dios para adorarle e invocarle, aun en medio de sus trabajos? ¿No tendrá usted manera para hallar todos los años una hora desocupada con el objeto de cumplir sus deberes religiosos? Entonces es usted verdaderamente desgraciado.

Y sin embargo, ¡cuánto tiempo no pierde usted en leer las fruslerías de los periódicos, en charlar con sus amigos, en distraerse, en divertirse, etc., etc. Pues bien, hoy le recuerdo que sin duda alguna tendrá usted tiempo para morir.

Decálogo de Jefferson.

Diez mandamientos de la vida práctica por el famoso Tomás Jefferson.

No dejéis para mañana lo que podáis hacer hoy.

No gasteis vuestro dinero antes de haberlo ganado.

No lamentéis jamás no haber comido bastante.

No compréis cosas inútiles con el pretexto de que son baratas.

Tened en cuenta que el trabajo hecho con gusto no fatiga.

No olvidéis que el orgullo y la vanidad cuestan más caros que el hambre y que la sed.

No recurráis a otro para que haga lo que vosotros mismos podéis hacer.

Comenzad siempre las cosas por el principio.

Alejad de vosotros las penas y preocupaciones que no existen sino en vuestra imaginación.

Cuando estéis enojados, contad hasta diez antes de comenzar a hablar, y hasta ciento cuando estéis coléricos.